



Un abogado
en la España
de Pujol

JAVIER MELERO
CAMBALACHE

Ariel

Javier Melero

Cambalache

Un abogado en la España de Pujol

Ariel

Primera edición: abril de 2021

© 2021, Javier Melero Merino

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3340-3

Depósito legal: B. 4.359-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Volver

En 2006, la primera vez que fui a su despacho en paseo de Gracia, a Pujol ya sólo le quedaban funciones honoríficas, pero aún gozaba de una más que notable influencia. Se hallaba en el número 39, en la conocida como «manzana de la discordia» por alguna olvidada rencilla entre los arquitectos que entonces competían con sus artefactos modernistas.

Aquella misma mañana había recibido la llamada de uno de los responsables de CDC, Germà Gordó, diciéndome que concertara una reunión para tratar con Pujol el tema de unas injurias publicadas en un medio de comunicación de la ciudad (un medio de segunda fila, pues los de primera, por aquellos días, no publicaban ese tipo de cosas). Un asunto, a fin de cuentas, de poca monta, si no fuera por la personalidad del injuriado. Mi secretaria gestionó la cita y Pujol me dio hora enseguida. Más adelante tuve ocasión de ver que siempre procedía así. Procuraba resolver los asuntos de inmediato y no demoraba, si podía evitarlo, los encuentros. También que, si por alguna razón no deseaba ver a alguien, su repertorio de excusas era inagotable. Y cuando el encuentro no era de su agrado, pronto dejaba claro a la visita que sólo esperaba que le diera una satisfacción, la de marcharse. El encargo me puso de un humor excelente pues daba a entender que Convergència contaba conmigo para que me ocupara de algo, por menor que fuera, concerniente a su líder máximo y referente incuestionable. Mas tenía todo el poder en el partido, pero Pujol era el

partido, lo cual es algo diferente y (el tiempo me dio la razón) bastante más importante. Suponía apuntarse un buen tanto llevar su asunto, porque Pujol contagiaba una parte de su prestigio a quienes actuaban en su nombre. También lo era para el despacho en el que entonces trabajaba, uno de esos grandes bufetes que apuntalan en buena parte su reputación en el hecho de contar con clientes notables. Tal vez no su cuenta de resultados, pero para eso ya estaban los bancos y las compañías multinacionales.

Llegué ante el portal cuando aún faltaban unos minutos para la hora convenida y maté el tiempo con un cigarrillo, mirando aprensivo a las legiones de rusos y chinos que acarreaban bolsas de las tiendas de lujo de los alrededores. Al poco, entré y crucé un zaguán carente de cualquier atractivo especial. Un espacio de iluminación mortecina y con un suelo de mármol blanco que le daba la apariencia de un mausoleo. Llamé a la puerta y me abrió un conserje con visos de sacristán embutido en un uniforme azul marino cortado para un hombre más delgado. Debía de rondar la cincuentena, y todo en él destilaba compostura y recato. Le dije mi nombre y me trató con reverencia. Por supuesto que no por mí, sino por el hecho de que Pujol fuera a recibirme. Dos *mossos* en funciones de escolta que se hallaban sentados frente a la puerta me observaron de arriba abajo con expresión desconfiada, mientras era acompañado a una sala en la que se me indicó que tomara asiento en un sofá claro y esperara. Junto al sofá, una mesa de cristal baja, de respetables dimensiones, exhibía en cuidado orden varios números de la revista del Centre d'Estudis Jordi Pujol, *VIA (Valors, Idees, Actituds)*, en cuyos índices aparecían numerosos artículos del propio Pujol y de la partida habitual de pensadores afines a la causa. Era ese tipo de producto cultural que tanto abunda al calor del dinero más o menos público, o del mecenazgo más o menos interesado: caro, con buena presencia y escasamente leído. Apenas tuve tiempo de echar un vistazo a una de ellas cuando la puerta se entreabrió de mano del propio Pujol, que, a la vista estaba, no era hombre de hacer esperar a las visitas.

Vestía extremadamente bien, y parecía una de aquellas personas que saben que una arquitectura física complicada no puede permitirse un atuendo descuidado. Sobre su camisa gris pálido lucía una corbata de un gris más oscuro y satinado. El traje era de un corte atemporal, pero en absoluto anticuado. El sastre se había esforzado hasta el límite de su oficio para insuflar alguna armonía en las telas que habían de cubrir una espalda demasiado cargada y unos brazos demasiado largos. La caída del pantalón camuflaba la sequedad de sus piernas y evitaba que su cuerpo ofreciera un aspecto trasnochado. Me miró y esbozó una media sonrisa un tanto irónica, con una de las comisuras de los labios torcida hacia abajo, y me tendió una mano floja y cautelosa que estrechó la mía con huesuda languidez. Supongo que es algo habitual en la gente que se ve en el caso de dar la mano decenas de veces al día, que mantienen la cortesía del gesto pero dosifican el esfuerzo. Me saludó y me condujo a una amplia sala de reuniones dominada por una gran mesa.

Ofreció café y agua y, antes de entrar en materia, me sometió a un cordial interrogatorio sobre mi nombre y el origen de mi apellido. Enseguida vi que era un formato de conversación en el que él formulaba muchas preguntas y, por regla general, se ocupaba también de las respuestas. Cuando le dije que mi familia procedía de Teruel, de la cuenca del Matarraña, me hizo notar su conocimiento enciclopédico de la comarca y las veces que había visitado Mazaleón, Calaceite, Beceite, Alcorisa y otros pueblos de la zona cuyos nombres sólo muy remotamente tenían algún significado para mí. En apenas unos minutos de conversación, Pujol ya había exhibido la mayoría de los trucos y muecas que habían forjado su imagen, pero no transmitía ninguna impostura. Parecía disfrutar del tema y de su capacidad para sorprenderme. Constataba el efecto que me causaba cuando narraba sus miles de viajes a los lugares más remotos, pero no había nada forzado. Si acaso, lo único extraño era que creyera necesario desplegar esas dotes de seducción ante quien, en definitiva, no era más que un proveedor que

venía a prestar un servicio. Pero parecía que cada relación humana tuviera que ser una conquista para él, y que eso valiera tanto para el abogado como para el camarero del restaurante o el taxista. También es verdad que a esa clase de personas, una vez conseguido su objetivo, los seducidos pasan a aburrirlos soberanamente.

Una secretaria con aire de vestal, de esas que parecen capaces de detectar un pecado antes de que hayas pensado en cometerlo, nos trajo el café y sólo entonces pasamos a abordar el objeto de la reunión. Al poco, cuando le estaba explicando que para poder presentar una querrela tendría que pedir un poder notarial para el abogado y el procurador, Pujol pareció desconcertado. Me dijo que ya había hecho eso, pero a petición de otra persona.

—Eso que me dice usted, vino aquí el notario y firmé unos poderes...

—Pero ¿por los mismos hechos y sobre la misma publicación? —respondí algo azorado.

—Sí, sí, creo que sí. Por favor, espere un momento.

Abandonó la sala y, desde el pasillo, llamó a la secretaria. Al cabo de unos minutos volvió y se hundió en su asiento al otro lado de la mesa.

—Va a tener que disculparme, pero aquí ha habido algún malentendido —dijo fijando en mí sus ojos de color ambiguo—. Alguien ha debido de confundirse... ¿A usted quién le ha dicho que venga aquí?, ¿alguien del partido?

—Sí, sí, Gordó y Corominas —respondí, empezando a sumirme en un necio desánimo.

—Verá, esto ya le ha sido encargado a otros abogados que estuvieron aquí hace pocos días. Yo no lo recordaba, pero me parece que le han hecho venir para nada.

—No hay ningún problema, así he podido charlar un rato con usted —dije, intentando no evidenciar ni el menor atisbo de decepción.

—Ya tendremos otras ocasiones para charlar —finalizó Pujol, poniéndose en pie.

Me acompañó a la salida y reiteró sus disculpas, dejando claro que lamentaba las molestias, pero que tampoco era como si yo hubiera tenido que cruzar el Atlántico a nado. También apuntó, de forma discreta pero explícita, que el error podía recaer sobre muchas personas, pero en ningún caso sobre la suya.

Di cuenta a Gordó y a Corominas del chasco y ambos me despacharon con los comentarios displicentes propios de quienes están habituados a experimentar más de un revés a lo largo del día, y compartí mi decepción en el despacho, acertando a alegrarle el día a alguno de mis socios, a veces un tanto resentido por los logros ajenos. Cosas de éstas les pasan frecuentemente a los abogados y a los contratistas de obras, lo que no impide que aún haya gente que persista en esos oficios. Tocaba no darle más vueltas e ir olvidando esa breve reunión con Pujol. Eso sí, tomé buena nota de explicarle a mi hermana que Pujol no sólo conocía Mazaleón y había visitado el pueblo. Además, había tenido un chófer que era de allí.

Para entonces, llevábamos tres años del denominado «tripartito» (fruto de una coalición entre el Partit dels Socialistes, Esquerra Republicana y los excomunistas de Iniciativa per Catalunya), que había conseguido arrebatarse el poder a los sempiternos convergentes, algo así como los dueños de la finca catalana desde principios de los años ochenta. Pasqual Maragall era el presidente de la Generalitat y Mas gestionaba la travesía del desierto con notable diligencia y su característico entusiasmo. El grupo que le había ayudado a lograr la máxima influencia en el partido seguía a su lado y quienes no le habían ayudado mantenían, sin embargo, toda la proximidad que podían con él, pues eran momentos de vacas flacas y sólo él podía asegurarles la permanencia en el juego. Por aquellos días la sede del partido en la calle Córcega, habitualmente tranquila, se llenaba hasta la azotea. Los políticos que a partir de 2003 se habían visto obligados a abandonar los despachos de la Administración ofrecían alguna similitud con los cesantes de las

novelas de Galdós, tratando de sobrevivir y aguardando el retorno de su influencia perdida. Cargos de confianza, exdiputados, ex altos responsables de empresas públicas se recolocaban en el partido y se dedicaban a lo que mejor se les daba: conspirar, velar las armas y preservar el capital político. Luego estaban los que habían caído por el camino, convertidos en gentes sin ilusiones ni futuro, a los que no les quedaba más que la voluntad de salir adelante como fuera, tal vez aspirando a figurar en alguna lista para las elecciones municipales de su pueblo.

De sus infortunios me daba cuenta, de tanto en tanto, uno de los abogados internos de la casa, Salvador, con quien había hecho amistad hacía algunos años y que conocía a todo el mundo, ya que acumulaba más antigüedad que las paredes de la propia sede. Era un hombre de estatura mediana, algún kilo de más, ojos achinados y aspecto optimista, de unos cincuenta y muchos años y que vestía con la burocrática elegancia formal propia de la mayoría de los convergentes. Lo que había comenzado como unas profundas entradas a ambos lados de la frente se convirtió al final en una calva de cierta entidad, aunque mantenía pese a ello un pelo cano y frondoso a ambos lados de la cabeza, rematado por unas patillas de respetable longitud. Tenía manos delicadas y pies pequeños calzados en esos mocasines negros que, para asombro de todo el mundo, tanto gustan a los españoles.

Nos dejábamos caer alguna vez por un restaurante del barrio de Gracia que servía comida vasca, el Ipar-Txoko, en la calle Mozart. Una calle que antes se había llamado de la Aurora hasta que a principios del siglo xx algún concejal melómano juzgó intolerable que el compositor austríaco no gozara de reconocimiento alguno en el callejero de la ciudad. Vista la calle en cuestión, o el resto del consistorio no compartía sus aficiones, o se trataba de alguien con escasa influencia. Como siempre, aquel día nos recibió el propietario, Mikel, que se hallaba acodado a la barra, contemplando unos pinchos de guindilla y anchoa con la expresión de un padre orgulloso. Mikel era escandalosamente vasco, y le pasaba lo mismo que a

esos chefs franceses afincados en Nueva York: cada vez parecía más del mismo Bilbao y tenía más acento. Pedimos lo que nos sugirió, pues Mikel recitaba los platos de la carta de forma tan veloz que resultaba poco menos que imposible hacerse una idea propia sin contar con su auxilio.

Le comenté a mi colega la frustrada aventura con Pujol y, entre boquerón y boquerón, me expuso su tesis de manera convincente:

—Pujol tiene más de cien tipos que se ponen patas arriba intentando adivinar sus deseos, aunque a él aún no le haya pasado por la cabeza la posibilidad de tener ningún deseo. Alguien le habrá llevado la noticia injuriosa y se habrá marcado un tanto diciéndole que había que presentar una querrela. A la que Pujol haya cabeceado, el tipo le habrá traído del brazo a algún abogado de su cuerda y, mientras, algún otro también habrá querido lucirse y avanzar con el mismo encargo. Al llegar la noticia al partido, o Gordó o Corominas habrán juzgado que esto les tocaba gestionarlo a ellos, y ahí apareces tú.

—A hacer el papelón.

—El papelón lo habéis hecho los dos, Pujol y tú. ¡A saber qué abogados le habrán puesto al final al pobre! De esos que uno desea para la parte contraria, seguro.

—¿Qué tal por Córcega?

—Muy entretenido. Todos luciendo el tipo ante Mas, para ver quién manda más y es más guapo. Felip Puig, Corominas, David Madí, Quico Homs... En fin, ya los conoces... Pero el poder en Córcega es Gordó, no te quepa la menor duda. Mas nunca evidencia a quién le tiene más confianza, pero está claro que a Gordó se la tiene. Y mucha. ¡Ah, y Oriol Pujol! A éste ya no lo mencionaba, y eso sí que es un error —añadió mientras fingía seccionar su cuello pasando el dedo índice, como un cuchillo, de un lado a otro del gazonate.

—Gordó parece un tipo bastante duro.

—Lo es. Alguien tiene que mandar, pronunciar algún que otro no, poner mala cara cuando toca, y muy pocos están dispuestos a eso. ¿Sabes cómo llaman a Gordó por el partido

cuando están bien seguros de que no puede oírlos? «El siniestro.» Pero hace falta alguien como él. El partido es un partido de gobierno, y en la oposición está completamente descolocado. Y además hay que apretarse el cinturón: toda la gente que ha saltado de las administraciones ahora vive principalmente del partido. Estos chicos saben hacer muy poca cosa en el sector privado.

—Y lo del tres por ciento, ¿cómo va?

—No va. La querrela contra Maragall al final la retiraron. Dicen que no quieren atacar a la presidencia de la Generalitat, pero de eso a mí no me cuentan gran cosa. Bueno, sí, me dicen que Maragall, para evitar el desgaste del hundimiento del Carmel, se sacó lo del tres por ciento de la manga y cambió el sentido del debate. Mas se puso como una hiena y rompió los puentes. Lo que no pueden entender en la casa es que Esquerra haya preferido pactar con los socialistas antes que con ellos. En fin, un número.

—Sí. Ahora va a resultar que los de Esquerra son de izquierdas. ¡Lo que hay que ver!

Era cierto que en un pleno del Parlament de 2005, dedicado a despellejarse por el hundimiento del barrio del Carmel, Maragall le había espetado públicamente a Mas que sabía que ellos (los convergentes) tenían un problema de dimensiones oceánicas, y que ese problema se llamaba «tres por ciento». La respuesta de Mas no por glaciarse fue menos contundente, hasta el punto que el propio Maragall tuvo que bajar velas, por miedo a comprometer lo que era el producto estrella de su legislatura: la aprobación del nuevo estatuto de autonomía, un auténtico churro que apenas interesó a la mitad del electorado y que Esquerra ni siquiera votó a favor. Cosas de la patria. Fue un debate lamentable, más propio de uno de esos programas de entretenimiento en los que la gente se dice de todo que de un parlamento y en el que los principales contendientes acabaron como los tipos que un día van al dentista para una higiene y salen con la cabeza vendada. De allí poco consuelo debieron de sacar los sufridos vecinos de un barrio en el que, como con-

secuencia del hundimiento de uno de los túneles cavados durante la ampliación de la línea 5 del metro, se había formado un socavón de más de treinta metros de diámetro y otros tantos de profundidad que motivó el hundimiento de un buen número de edificios y que más de mil personas se vieran en la calle. Es lo que tienen los accidentes, que suelen ocurrir en zonas de pocos posibles.

Salvador era como el *¡Hola!* de los cuadros políticos, y los largos años dedicado al análisis entre bastidores le hacían idóneo para los diagnósticos a corto y medio plazo: quién subía, quién bajaba y quién era mejor que ni se acercase por la calle Córcega o, como mucho, se quedara en el *sex-shop* o en el bingó que flanqueaban el edificio. Como tantos otros en el partido por aquellos días, Salvador no parecía un íntimo de Gordó, pero estaba claro que le respetaba, si no es que le temía un poco.

Empecé a tratar a Gordó con una cierta asiduidad cuando desembarqué como gerente en 2003, tras su paso por una entidad municipalista y algún otro cargo en la Administración. Era un tipo en la cuarentena, aunque con el cabello casi completamente blanco, pese a lo cual podría haber declarado menos edad de la que tenía y le hubieran creído. De estatura algo más que mediana, en realidad medía más o menos lo mismo que Mas, y cuando estaban juntos parecían dos hombres altos. Sólo cuando me acercaba a ellos lo bastante era capaz de notar, desde mi metro ochenta, que les pasaba por lo menos una cabeza. También, como Mas, se conservaba en buena forma física, aunque no parecía muy dado al deporte. Si acaso, al esquí en la Cerdaña, que era más una seña de identidad y estatus que otra cosa. Y solía vestir trajes muy oscuros y corbatas sobrias, sin la menor concesión a la modernidad, lo que tenía a gala, pues presumía de católico, conservador y soberanista y sólo se permitía alguna frivolidad en materia de relojes, ya que lucía uno en la muñeca del tamaño del Big Ben.

Era abogado y, al despachar con él los asuntos judiciales, se notaba que sabía de lo que hablaba y que no era el hombre apropiado para intentar venderle complicidades o influencias

con los jueces, fueran éstas reales o inventadas. También era resolutivo. Convocaba a reuniones breves en las que principalmente hablaba él y daba sus opiniones y sugerencias en un tono tal que hacía reparar, a poco que te fijaras, en que se trataban de algo a medio camino entre la petición y la orden. De todas formas, no carecía de un sentido del humor sarcástico en el que alguien no avezado podía tardar en reparar. El indicio más claro de que bromeaba se hallaba en cómo desviaba la mirada hacia algún lugar indeterminado por encima de tu hombro, y en las súbitas bajadas de su tono de voz, como si el chiste hubiera de ser estrictamente confidencial. Se dirigía a todo el mundo por el apellido y nunca pude evitar que esa costumbre me retrotrajera a los tiempos del colegio. Por eso, cuando esperaba que me recibiera, me sentía como si estuviera ante la puerta del director, pendiente de una bronca.

Gordó participaba del culto a Pujol, como más o menos todos en su partido, pero lo hacía con una apariencia de objetividad que daba un sentido especial a su devoción. Eso no era obstáculo para que su lealtad política estuviera entonces exclusivamente centrada en Mas, de quien se tenía como la más próxima de sus manos derechas (otra cosa era lo que el propio Mas pudiera pensar al respecto, difícil de desentrañar para cualquier oráculo). A fin de cuentas, pertenecía a una generación que llegó a la política encandilada por el ejemplo de Pujol. Lo que ocurre es que, cuando hablaba de sus convicciones, y a pesar de tratarse de un sujeto predominantemente razonable, me hacía sentir a una distancia sideral de su discurso. Nos llevábamos pocos años, pero pertenecía a un mundo cultural y político completamente ajeno al mío y ni siquiera podía imaginarme las inquietudes que llevaron a un joven de la Poble de Segur, que había vivido más o menos los mismos acontecimientos históricos que yo, a abrazar con aquella convicción una ideología que, en su aspecto esencial, el nacionalismo, me dejaba indiferente. La verdad es que eso podría haberme pasado con cualquiera de los convergentes, pero la seriedad de Gordó me daba más que pensar que la frívola desenvoltura de algunos

de sus colegas. Gordó y yo nos respetábamos, aunque veníamos de lugares muy diferentes, lo que no evitaba que, de tanto en tanto, él me mirara con esa conmiseración que los creyentes reservan a quienes no participan de la revelación.

Abandoné Gracia y fui bajando hacia mi casa. Casi toda mi vida había vivido en el Ensanche, pues no me gusta cambiar de barrio. Ni siquiera me gusta cambiar de domicilio. Lo he hecho pocas veces y aún debiera haberlo hecho menos: las emociones y las aventuras suelen ir por dentro y las mudanzas no auguran entretenimiento alguno, sólo un vértigo húmedo e incómodo. Muchas veces he fantaseado con vivir en el extranjero. Por ejemplo, en Francia, pues yo que soy tan mal español seguro que sería un buen francés, con la *baguette* bajo el brazo y planeando liquidar a algún vecino, como un personaje de Simenon. Pero han sido tan sólo eso, fantasías. Por esta razón, tras dar algunos tumbos, siempre acabo volviendo a la cuadrícula de las pocas calles que marcaron mi infancia y que son lo único, junto con el paisaje de algún pueblo, que me genera una cierta sensación de patria.

Una vez me mudé a las zonas altas, a Sarriá, movido por un espejismo de parques y huyendo de los turistas del centro, pero se trató de un error que tuve que corregir a los pocos meses, para regresar a toda prisa a la calle Provenza. Aquellos barrios nuevos y ventilados por los que señores con loden guateado pasean perros inequívocamente británicos y corretean legiones de adolescentes hacia los multicines me son ajenos. Me gustaba ver desde el balcón el parque de Piscinas y Deportes, donde antes hubo una sala de baile a la que iban mis padres en su juventud, cuando aún actuaba allí Antonio Machín, pero, por lo demás, me sentía como un merodeador desubicado. Hice bien en volver a mi viejo barrio, plagado de gente de paso y de viejos vecinos que no esperan más privilegio que el de poder morir allí, sin una última estación en una de esas residencias para ancianos en las que todo el mundo tutea a los viejos con condescendencia, la comida carece de sal y no hay manera de tomar una copa.

*Por figurar en la guía
Me mudé de Olavarría
A una calle del trocén,
Dejé el viejo conventillo,
Cambié balcón por altillo.
Todo por darme chiqué,
Ya ves, hermano, por qué
Otra vez yo volvería
A mi viejo conventillo
De la calle Olavarría.*

El barrio había sido ideal, durante mi infancia, para las tardes en los cines de sesión doble, para siempre asociados en mi recuerdo a los húmedos finales de las vacaciones, después de las fiestas de Gracia de mediados de agosto. Estaba el Iris, en la calle Valencia, que en tiempos había sido el Salón Iris, donde se ofrecían espectáculos de variedades y veladas de boxeo; el Oriente, en la calle Aragón, que tenía una especialísima peculiaridad: el techo se abría mediante un mecanismo que se utilizaba las noches de verano y las películas podían verse prácticamente al aire libre, y, sobre todo, el Central, en el principio de la calle Aribau, justo al lado de los jardines de la vieja universidad, un cine destartado, sin letreros luminosos, con el suelo ya un tanto irregular, asientos de madera que eran una fuente inagotable de crujidos y un telón carmesí que ocultaba la pantalla, que parecía estar allí desde la presidencia de Alejandro Lerroux. Era una de las salas más antiguas de Barcelona y, con el nombre de Royal, uno de los lugares de entretenimiento populares en la ciudad. En 1939, con la victoria de los franquistas, se dictó un decreto que prohibía la rotulación con nombres extranjeros; entonces cambió su nombre de Royal a Central.

Caminaba y recordaba los años de mi primer encuentro con Pujol, a finales de los setenta, y en sus circunstancias, indisolubles a mi primera juventud. Era 1974 y yo había cumplido dieciséis años. Entonces, para la gente de mi edad y po-

sición, lo más normal era abandonar la cómoda vida de estudiante en exclusiva y pasar a compaginarla con algún trabajo, continuando los estudios en algo que existía en aquellos tiempos, el bachillerato nocturno (de siete a diez), que, por razones que nunca he acabado de entender del todo, desapareció unos años después, ya en plena democracia. Como era algo tan normal y asumido, no me ocasionó ningún trauma y, por recomendación de mi primo Joan, que ya trabajaba allí, presenté una solicitud de empleo en un banco que, para mi sorpresa y tras un sencillo psicotécnico y una prueba de catalán que no me supuso el menor problema, fue admitida. Se trataba de una filial de Banca Catalana y, sólo por el nombre, ya me sonaba a algo diferente y más avanzado y moderno que la vetusta banca tradicional. Era el prestigio (ya se vio que efímero) de «lo catalán», como sinónimo de progresismo y modernidad. Y por allí andaba, en la cumbre, Pujol ejerciendo de banquero «de país», apostando por las empresas exclusivamente catalanas (sin importar el estado de sus balances) y haciendo de la heterodoxia financiera y el incremento constante de las pérdidas una novedosa cruzada nacional.

La categoría con la que ingresé, en unas dependencias que se hallaban en el edificio Kursaal de Rambla Catalunya, fue la de botones, una especie de mensajero-recadero-fotocopiador con expectativas a corto plazo de ascender a la codiciada plaza de auxiliar administrativo. Lo cierto es que el uniforme gris y la corbata que iban asociados al cargo no me hicieron la menor gracia y ocasionaron que me creyera observado por todo el mundo y un tanto cohibido. Llegué a la conclusión de que no podía hacer nada mejor, para sobreponerme, que personalizar con algunos detalles aquel triste hábito, por lo que me proveí de un chaleco de segunda mano que encontré en un mercadillo de Portaferriusa. Era una pieza magnífica, ceñido y con un estampado de cachemir gris un tanto satinado que me hacía sentir el propio Lord Brummel. Al verlo, uno de mis nuevos colegas del banco, un auténtico dandi con pantalones acampanados y melena rubia, me prestó, para completar el

efecto, un reloj de bolsillo con su correspondiente cadena que, cruzada de lado a lado, daba al chaleco un aspecto de lo más ostentoso. Curiosamente, con estas galas más extremas, toda mi timidez desapareció: casi me gustaba exhibirme por el banco, paseando entre las mesas y repartiendo los sobres de correo interior.

Eran momentos de gran efervescencia política y nuestro banco debía de tener el departamento de recursos humanos más lamentable del mundo porque allí se fue a juntar una cantidad sorprendente de militantes de todas las tendencias de la izquierda, con un notable predominio de los militantes de Comisiones Obreras y unas Comisiones Autónomas asamblearias aún más radicales. Poco después se añadiría a la fiesta una resucitada CNT, que tuvo un breve período de éxito que recordó sus antiguos tiempos gloriosos. No había decisión de la dirección que no fuera sometida a escrutinio por estos grupos; los altos ejecutivos estaban más que nerviosos y las concentraciones a la entrada del banco y las manifestaciones por motivos laborales o por cualquier acontecimiento relacionado con la situación política eran constantes. Conservo la foto de una de esas manifestaciones: estamos delante de una pancarta de «Libertad detenidos. Readmisión» Charly y yo, y muchos otros rostros de gentes con las que recuerdo una breve e intensa intimidad, en un mundo de amistades fugaces. Nuestro aspecto es sorprendentemente moderno, llevamos el puño en alto y parece que estemos coreando algún eslogan, esbeltos, peludos y, ciertamente, apuestos. Compañeros de antaño, nuestros rostros se ven demasiado inexpertos, fantasmalmente claros. Cuando contemplo en el espejo mis facciones turbias y fatigadas y las comparo con las de los jóvenes que fuimos, me conmueven la profundidad y la crueldad de la brecha que nos separa. Aún, a veces, no puedo evitar pensar que no hubo nada mejor que aquellos años de excitación, mucho antes de convertirme en un abogado entrado en años que no va a ningún sitio concreto en este mundo. De esos que saben que todo entra en decadencia, que todo debe terminar.

Como era pariente de Joan, y él era uno de los más carismáticos agitadores de aquel grupo variopinto, me resultó muy fácil trabar relación con ellos. Mi primo era un tipo apuesto, de ojos marrones brillantes un tanto juntos, lo que le daba un aspecto malicioso. Un domingo, justo después de mi ingreso en el banco, me dijo que le acompañara a ver a unos amigos. Se trataba del típico piso de estudiantes, lleno de jóvenes un par de años mayores que yo y todos barbudos y melnudos hasta el exceso, con excepción del propio Joan, que profesaba una especie de marxismo árido y riguroso que le hacía creer que el pelo corto y convencional era lo que más le aproximaba a la clase trabajadora, mientras que los aditamentos capilares eran tan sólo una frivolidad burguesa que nada tenía que ver con la lucha de clases.

No sé si todos aquellos jóvenes eran comunistas, como algunos se proclamaban, o simplemente jóvenes, y si veían en aquella ideología algo más allá de los entusiasmos, amores o vulgaridades personales que llamamos libertad. A esa edad, y con la única formación histórica y política del bachillerato español, el comunismo me atraía y me repelía a un tiempo. Nada parecía más seductor para el idealista, ni más inquietante para el individualista. Flirteé con él durante un tiempo, pero siempre me llamó más lo libertario. En realidad, acabé siendo muy severo con el comunismo, que no aportó nada bueno, más que sus sueños. Se había atrevido a erigirse en modelo absoluto para todos los hombres y ésa era la vara de medir con la que había que juzgarlo, la de sus propios ideales, frente a los cuales el fracaso era especialmente traumático. Alguien dijo que no existe manera de imponer el altruismo a los hombres, y tenía toda la razón. Por si fuera poco, mi memoria histórica de la guerra, mi tío Felipe, un antiguo anarquista con muchos tiros pegados, parecía detestarlos tan sólo algo menos que a los franquistas y hacía buena aquella frase terrible de Marx de que «la tradición de todas las generaciones muertas pesa como una pesadilla sobre la mente de los vivos».

—En la guerra nos traicionaron. Sólo seguían las consignas

de Stalin, y en Barcelona, en mayo del treinta y siete, se dedicaron a liarse a tiros contra los del POUM y a torturar a sus líderes en las checas, y contra la CNT. Tenían alma de tiranos, de comisarios. De lo peor.

—Pero lucharon por la república, ¿no? —preguntaba yo, un tanto retador.

—¿Sí? ¡Y una mierda! Mientras Stalin firmaba un pacto con Hitler para repartirse Europa.

En aquella misma reunión conocí a uno de mis nuevos colegas del banco, Llull, que ya había empezado los estudios de Psicología en la universidad. Llull se convirtió en uno de mis mejores amigos y durante unos años llegamos a ser inseparables. Era un tipo con el rostro alargado circundado por un halo castaño de cabello y barba, con unos oscuros ojos despistados tras las gafas que lo inspeccionaban todo con curiosa perplejidad. Esos ojos y los movimientos huesudos y nerviosos de su largo cuerpo dejaban entrever su excitación por todo —por las conversaciones cargadas de certidumbres, que oscilaban a cada poco entre la euforia y la desolación, la música y las mujeres, sin ir más lejos— y le daban el aire de un niño precoz fugado de una mala escuela. Solíamos atravesar la ciudad de punta a punta caminando, abstraídos en disquisiciones cargadas de ideas y posibilidades que aún no se habían frustrado; glosábamos los atractivos de nuestras colegas junto a la máquina de café del banco o nos colgábamos una hora al teléfono despiezando con la precisión de un forense las vicisitudes de Iván Karamázov. En cuanto las clases nos lo permitían —frecuentemente, pues era época de constantes huelgas y asambleas—, nos encerrábamos en la vieja filmoteca, viendo dos o tres películas seguidas, preferentemente clásicos norteamericanos, melodramas de Douglas Sirk que, inevitablemente, le humedecían los ojos, o *Johnny Guitar*, de Nicholas Ray, cuantas veces la pusieran y algunos de cuyos diálogos llegamos a memorizar.

Estaba más que claro que tanto él como yo andábamos un tanto necesitados de compañía femenina, pero eso llegó pron-

to y en el propio entorno de aquel banco tras cuya gestión (por llamarla de alguna manera) se hallaban el remoto Pujol y sus adláteres, donde, para Sant Jordi, tan sólo se exponían libros en catalán y los directivos tenían maneras de monitor de *boy scouts*. El banco y su matriz tuvieron con el tiempo un triste final del que ya me ocuparé más adelante y en el que, se diga lo que se diga, ni Llull ni yo tuvimos culpa alguna. La agitación política era constante y las asambleas de trabajadores se sucedían. Llull solía tomar la palabra en estos actos, abordando temas embriagantes y con frecuencia irresponsables, y yo callaba, sobre todo por no saber qué decir, y contemplaba a los asistentes. Me centraba de manera muy especial en Eva, una hermosa rubia que cubría con unas gafas de ligera montura dorada, de esas que apenas sostienen los cristales, unos ojos castaños claros inteligentes y algo irascibles. Tenía perfecta conciencia de su belleza y parecía desdeñar de un modo vago mucho de lo que la rodeaba, como si lo comparara instintivamente con algo mejor.

La recuerdo con una falda escocesa unos centímetros por encima de sus admirables rodillas y un jersey shetland negro del que asomaba el cuello de una camisa blanca impoluta. Tenía unas manos cuidadas, de uñas cortas y brillantes, y era tres años mayor que yo, lo que a esas edades puede llegar a parecer una enormidad. Pero un par de miradas y una leve sonrisa de su boca de labios rectos y un tanto crueles, refractarios a los cosméticos, me hizo pensar que podía planear una aproximación. Leonard Cohen iba a actuar en Barcelona aquel mes, lo que justificaba un intento que tal vez no fuera recibido con rechazo. La abordé en cuanto pude hallarme lejos de las miradas de molestos testigos potenciales de un sonoro fracaso y le propuse que me acompañara al concierto.

—Hola, Eva. El viernes que viene actúa Leonard Cohen en el Palau de la Música, ¿te gustaría venir? —le dije con el aplomo de Tony Perkins en *Psicosis*.

—¿No vas con nadie más? —repuso con una pregunta más

que razonable para la que, neciamente, ni siquiera había preparado la respuesta.

—No se lo he dicho a nadie hasta ahora. Quería saber antes que nada qué te parecía a ti.

—Iré. Pero antes déjame alguno de sus discos. No tengo presente haber escuchado nada suyo.

Llegó el viernes en cuestión y la encontré en las inmediaciones del Palau, sonriente y vestida con una sobriedad que la hacía aún más deseable. La cola daba cumplidamente la vuelta al edificio y nos colocamos en ella con resignación soviética, pero, al cabo de un par de horas, empezó a llegar gente desde la cabecera diciendo que las localidades ya estaban agotadas. Me sentí frustrado, pero no nos fuimos, esperando no sé qué milagro que al final se produjo: Cohen se había enterado de que muchos nos habíamos quedado en la calle y ofreció un concierto extra para el día siguiente, el sábado a mediodía. Compramos las entradas y fuimos a tomar algo por el Barrio Gótico, al Thales de la calle Ciudad, tras el ayuntamiento, donde un camarero brusco y malcarado compensaba su escasa empatía con cerveza fría y discos de Charlie Parker. El jazz sonaba adulto y sofisticado y casaba perfectamente con la rubia cabellera de Eva y su aire de existencialista francesa.

El sábado, aún embebidos de esa euforia melancólica que sigue a los grandes conciertos, ganamos la calle a mediodía, a una hora extraña para cualquier plan. Tenía previsto sugerirle que fuéramos a comer algo por allí, o que paseáramos, si no tenía hambre, u ofrecerme a hacer volatines para entretenerla si era preciso, pero no hizo falta. Me cogió la mano y me dijo con una sonrisa lo que debe decir una joven próxima a los veinte años a un muchacho virgen y torpe, botones de profesión:

—Vamos a mi casa. Ya comeremos algo allí.

Me agarré a aquella mano y componiendo, sin tenerlas todas conmigo, una actitud complacida y resuelta, la seguí Vía Layetana arriba, hacia su casa, y, aún sin saberlo, hacia el final de una castidad tan viscosa como un derrame nocturno. Algo debió de notar de mi aprensión, pues, al llegar a la puerta del

estudio, me miró con una cierta curiosidad, me acercó la boca y me metió la lengua hasta la garganta. El apartamento era tan pequeño como me había dicho, aunque hoy, con las soluciones habitacionales a que debe recurrir la gente, tal vez parecería de dimensiones suficientes para una familia con seis hijos. Eso, para el caso de que lo pudieran pagar.

Eva gestionó con eficacia mi azoramiento y al poco estábamos en la cama, que, aunque pequeña, no precisaba de un solo centímetro más. Tomó mi pene entre sus manos y lo introdujo suave pero resuelta en su acogedor coño rubio y rosado, húmedo y con aspecto algo pueril (me digo ahora, viajando a ese país extranjero que es el pasado). La primera descarga me llenó de euforia; reparé en su pecho y sus mejillas sonrosados por la excitación, en el arrullo narcotizante de sus jadeos y dejé que ella condujera mi cabeza entre sus piernas y lamí hasta el orgasmo sus jugos mezclados con los míos. Me era imposible apartar la boca de allí, mientras sentía que la erección volvía y me apresuraba a buscar su boca y a seguir el curso errabundo de su mirada por encima de mis hombros. Empezamos así una relación en la que nada nos exigíamos mutuamente. No llegamos a ser ni novios ni pareja, tan sólo amantes, siempre en aquel estudio, una especie de santuario para nuestros húmedos rituales. Llevaba allí todos los discos que llegaban a mis manos, y los escuchábamos devotos mientras follábamos con igual devoción. Eva compraba libros sobre sexualidad tántrica, sobre el punto G, sobre posiciones orientales para la cópula, *Sexus* de Henry Miller y los exabruptos de Charles Bukowski, y los leíamos entre polvo y polvo, ya pegajosos y obnubilados, renuentes a tomar la ducha que pondría fin a la tarde. Juntos aprendimos a fumar, para poder probar el hachís, en unos porros que nunca supimos liar: era Llull quien los preparaba para mí, y yo los llevaba en una vieja cajetilla metálica de cigarrillos turcos. Los prendíamos a oscuras, con el piloto rojo del tocadiscos como única luz, mientras escuchábamos *The Dark Side of the Moon* y nos manipulábamos suavemente los sexos y los muslos, los labios y las manos.

Así nos sorprendió la agonía del franquismo y el inicio de la democracia. La muerte de Franco no me ocasionó la menor emoción, ni otro cambio en mis rutinas que el de no ir a clase aquella tarde. Sólo soy capaz de asociarla con una foto de Pau Riba sentado en el andén de la parada de metro de Liceo en Barcelona, con un periódico en las manos con el titular «Franco ha muerto» y su aspecto de hippy despistado.

Nadie había derrocado a Franco, más allá de los bikinis de las suecas y las películas de Alfredo Landa, y nadie debía sentirse demasiado orgulloso de que tan sólo su decrepitud hubiera posibilitado el cambio. De modo parecido a lo que había ocurrido en la Alemania de 1945, los españoles se fueron a dormir franquistas y se despertaron demócratas de toda la vida, y más nos valía a todos no hurgar demasiado en la certeza de que, si al sujeto en cuestión no le hubiera dado por morir, nos hubiéramos pasado un montón de años más siguiendo las correrías del marqués de Villaverde en el *¡Hola!* Cuando veo aquellas imágenes de grano gordo del entierro, de la plaza de Oriente, de Arias Navarro por televisión, en aquel fúnebre blanco y negro, me cuesta asumir que realmente llegara a vivir en una época tan remota. Y que todo aquello pudiera ser contemporáneo de los Rolling y de Frank Zappa. El 20-N, Eva dedicó un par de minutos a alegrarse del deceso y propuso que diéramos una vuelta. Las calles estaban prácticamente vacías, había furgones grises de la policía y algo eléctrico y nervioso en el aire. Al día siguiente, la normalidad era casi absoluta. Ni que decir tiene que los franquistas seguían mandando, aunque algo acomplexados, y así lo harían por lo menos hasta finales de 1976, pero a eso ya estábamos acostumbrados.

En el banco, cada dos por tres se ocupaba el patio de operaciones y se celebraban asambleas sin cuento no específicamente reivindicativas —más allá de abogar por la libertad de los detenidos en las últimas manifestaciones—, sino de valoración de la nueva situación política. Algunos de los oradores veían la revolución a la vuelta de la esquina, los comunistas

llamaban a la prudencia y la moderación y la muy catalanista dirección del banco hacía votos por la llegada de la democracia en voz muy baja y con toda la discreción posible. Los trabajadores mostraban una gama variada de expresiones: desde la preocupación temerosa de los mayores con familias que mantener y obligaciones que afrontar, hasta la excitación de los más jóvenes, con todos los matices intermedios e, incluso, alguna cara de aburrimiento.

Y la universidad, en la Facultad de Historia en la que me matriculé, era como el banco, un conciliábulo permanente en unos aularios irrespirables a causa del humo del tabaco en el que se exponían los proyectos más peregrinos y se aplaudían consignas. La Revolución de los Claveles en Portugal mitigó en parte la depresión que había generado el golpe de Estado de Pinochet en Chile y los movimientos guerrilleros de El Salvador y Nicaragua parecían prometer algo parecido a un mundo mejor. Las asambleas estaban bien, aunque todos los asistentes exhibiéramos el mismo desasosiego envarado y teatral. En una de ellas, coincidente con las jornadas libertarias que se celebraron en el Parque Güell, un tipo barbudo y malcarado, extremadamente enjuto y moreno y con una expresión alucinada y fanática, intervino para motejar a los presentes de fascistas vendidos al imperialismo por no apoyar resueltamente la independencia de las Canarias, paso ineludible, como nos desarrolló con todo tipo de epítetos insultantes, para instaurar la revolución mundial o la anarquía, pues tampoco quedó muy claro si el chaval era libertario o trotskista. Lo tenía a mi lado y le escuché un buen rato con extrema cortesía en méritos de la adusta belleza canaria que le acompañaba, pero cuando los insultos arreciaron no pude menos que dirigirle un sentido «¡gilipollas!». La joven, de ojos verdigrises y pómulos un tanto tártaros, me miró como si fuera a arrancarme las tripas, y el tipo se limitó a observar burlón. Luego me chocó recordar que en la sonrisa del individuo se podía detectar una pizca de algo parecido a la simpatía: creo que él también temía a su rígida y hermosa compañera, una especie de amazona guanche.

—¡Godo de mierda! —me escupió ella implacable, y me pareció que una lengua bífida asomaba entre sus labios sensuales.

—¡Lenin ya te hubiera mandado fusilar por desviacionismo nacionalista y pequeñoburgués! —le respondí, preguntándome si habría alguna posibilidad de quedar con ella más tarde.

—¡Dejadlo ya! El goda no quería ofender: es un niño de mierda que no sabe lo que dice —terció el líder canario con acento dulce y mirada de marido celoso.

Las clases, los días que se celebraban, ofrecían indigestos temarios hinchados de estructuralismo y retórica marxista. Daba igual la de antropología cultural que la de introducción a la historia: glosas de la revista francesa *Annales*, de historia económica y social, sesudas reflexiones sobre Georg Lukács y su obra *Historia y conciencia de clase*, y el omnipresente breviario de Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, algo francamente soporífero. Yo, que llegué a los estudios de Historia con el recuerdo de *Sinuhé, el egipcio* y los documentales sobre las guerras mundiales de la BBC, pronto vi que iba a aburrirme como un galeote. A pesar de todo, estudié de la única manera en que he sabido hacerlo, con una meticulosidad poco brillante y algo obsesiva, confeccionando fichas y resúmenes y leyendo todos los libros recomendados, lo que me permitió obtener buenas notas en aquellas asignaturas en las que el aprobado no se regalaba por motivos políticos. Como en otros asuntos, en éste fue mi amigo Leo quien llevó un poco de luz a mi confusión. Leo había comenzado Derecho y me recomendó que dejara de perder el tiempo y me apuntara en su facultad.

—Vas a acabar explicando vete tú a saber qué en algún instituto. Y eso en el mejor de los casos. Te debías imaginar limpiando sarcófagos en la tumba de Tutankamón, o fumando en pipa por los verdes prados de Oxford, pero eso es lo que te espera.

—Pero Derecho... —respondía dubitativo—. Debe de ser aún más aburrido que lo mío.

—No te creas —dijo, exhalando una nube cínica de humo de su cigarrillo—. El romano está muy bien si te gusta la his-

toria, y el político si te gusta la política aplicada, no esas pajas de las asambleas. Y el civil tiene rigor y método, y se ve de inmediato que tiene que ser práctico. No te digo que sea lo más práctico del mundo, pero tú y yo somos de letras y no te vas a poner ahora a hacer una ingeniería. Tú menos que nadie, que te mareas con una división un poco larga.

Reconocí que en esto último no le faltaba razón y me planteé con alguna seriedad darle vueltas a la idea.

—Y de chicas... ¿cómo está Derecho? —pregunté en tono ríjoso.

—Es el paraíso: los de Económicas vienen a nuestro bar para verlas. Con eso te lo digo todo. Aunque haya algún mentecato que diga que se liga más en Farmacia.

Fue Leo quien, además de en Derecho, me inició en el tango, una música en la que no había reparado y que habría de acompañarme toda la vida —que enlazaba con el mundo de Cortázar, con *Rayuela*, con Horacio Oliveira y la Maga, y las noches de jazz en el lado de acá, en París, y las de allá, en Uruguay y Buenos Aires—, y también con él empecé a frecuentar los primeros restaurantes de calidad en una época en la que la pretensión de comer bien, al menos en nuestro entorno, era tenida como algo arcaico, burgués o, directamente, reaccionario. Aún en momentos de escasa solvencia económica era posible en la Barcelona de aquellos años educar el gusto en el Quatre Barres de la calle Quintana, cerca de la plaza Real. O, en días muy señalados, en el Agut de la calle Aviñón, cuyas prostitutas (las de la calle) inspiraron el cuadro de Picasso. Era uno de los rasgos más sutiles y profundos del fin del franquismo: con la democracia, cada vez se comía mejor.

Algo parecido ocurría con el sexo. Franco lo había convertido en una mercancía tan valiosa que había reconocido las dimensiones de su poder y le había tributado el homenaje de la persecución. Ahora el sexo estaba por todas partes, a veces excesivo, pero entre las tetas de Susana Estrada o una colección de generales y obispos obesos paseando bajo palio se daba una cesura como la que supuso la caída de Constantinopla en manos de los turcos.

Aunque para ver según qué películas aún teníamos que emprender alguna de aquellas excursiones al sur de Francia, en una especie de romería que implicaba dos días seguidos de proyecciones de todo aquello que estaba prohibido en España, donde, hasta 1976, no se pudo estrenar *El gran dictador* de Charles Chaplin, tal vez por no desairar la visita de Himmler al monasterio de Montserrat en los años cuarenta. A Céret, pues, nos dirigíamos animosos el grupo de amigos del banco más algún nuevo discípulo de Lull o mío, todos respetuosos del canon de los vaqueros y las melenas, pertrechados de sacos de dormir, en tren y dispuestos a deglutir películas mientras el cuerpo aguantara. Los sagaces franceses tenían perfecto conocimiento de nuestras necesidades y programaban sesiones maratónicas en las que tenía cabida lo prohibido en España, las grandes películas que habían sido estrenadas pero mutiladas por la censura y unas buenas dosis de sexo viniera o no a cuento. Eso sí, tuvimos que aguantar auténticos fiascos como la soporífera *El imperio de los sentidos*, donde el dueño de un hotel y una prostituta se entregan a un obsesivo delirio sexual que acaba con que la amiga le corta la polla al tipo, casi por suerte para él, pues no parecía que fuera a dejarlo descansar ni un rato. Era difícil pronunciarse contra esas supuestas maravillas adornadas por el prestigio de la prohibición, pero una vez empezábamos nos era imposible parar e incurriamos en una hilaridad que más de una vez estuvo a punto de hacer que nos expulsaran de la sala. Lull no tenía piedad:

—Este tipo consigue que te aburras del sexo. Hasta el parchís parece más excitante después de ver a éstos en acción —decía doctoral.

—Debe de ser que en Japón se toman lo de follar muy en serio.

Pasábamos la noche del sábado en algún hotel que se ceñía dolorosamente a nuestras peores expectativas y seguíamos al día siguiente con otra dosis masiva de celuloide, hasta la hora de tomar el tren de vuelta a Barcelona, con los ojos rojos y los párpados pesados y algo así como la satisfacción por el deber

cultural y contestatario cumplido. Otra ventaja innegable de estas excursiones era que a ellas se apuntaban algunas chicas de nuestro círculo y se favorecía el inicio de amistades que presagiaban una cierta intimidad. En una ocasión, Lull convenció de que vinieran al exceso cinéfilo a dos compañeras del banco, las dos estudiantes de Economía, serias y recatadas, y que aspiraban a incorporarse en cuanto acabaran la carrera a su departamento de estudios. Eran morenas, altas y completamente diferentes, aunque se llamaran igual (las dos Marías), y no tenían nada que ver con nuestro círculo asambleario y radical pues se movían en la órbita de Comisiones Obreras y del PSUC, lo que se les notaba hasta en las gafas metálicas de montura redonda y un austero recato, ligeramente virginal. Sin embargo, con cierta frecuencia, irradiaban el excitante centelleo erótico de la virtud. Lull desplegó todos sus encantos con una de ellas, la de cabello rizado y nariz respingona, delgada, con manos de dedos largos y nerviosos y una mirada algo miope, tímida, aunque voluptuosa. Yo me apliqué con la otra, que llevaba el cabello muy corto, casi militar, lo que me recordaba a la Nefernefernefer de *Sinuhé, el egipcio* y me la hacía singularmente excitante. Tenía unos estilizados rasgos algo asiáticos, grandes ojos de color avellana y un culo digno del pincel de Modigliani.

Después del viaje a Céret empezamos a quedar y muy pronto acabamos en el piso que compartía con su amiga en la calle Trafalgar, cerca de Urquinaona. Con María todo fue al revés que con Eva. Para empezar, no tenía la menor experiencia sexual, por lo que me tocaba a mí tomar la iniciativa, lo que acometí con buena voluntad y dudas intermitentes de estar a la altura que ella merecía. María estaba absolutamente decidida a perder una virginidad que le resultaba molesta y un tanto vergonzosa, y yo resulté el elegido para el lance, lo que me produjo un extraño efecto inhibitor de la libido: no me parecía en absoluto correcto ser yo quien privara a nadie de sus membranas, pero así estaban las cosas. La tarde que creí que aquello iba inexorablemente a pasar acudí a su casa provis-

to de un disco de Dylan y me senté a su lado en los cojines del suelo de la sala, sobre una alfombra vagamente étnica. A María le gustaba hablar de política. Empecé una tierna exploración de su cuerpo mientras algo oía de las sutilezas geoestratégicas en el Ogadén, y el conflicto del Cuerno de África se las arreglaba para abrirse paso a través de sus muslos. Me entretuve sobre su pubis y ella se levantó y me llevó al dormitorio. En aquel momento, sus grandes ojos, sus labios carnosos y el tacto de cepillo de su pelo irradiaban una excitación desprovista de subterfugios. Como lo fueron los primeros y más delicados lances del encuentro: un breve momento de dolor mientras sonaba *Forever Young* y, después, los movimientos rítmicos de sus caderas, esos que nadie enseña y siempre se acaba sabiendo cómo hacer. Intenté mitigar ese dolor bajando mi boca hasta los labios de su coño y lamí y lamí hasta que el placer se abrió paso a oleadas, cubriendo de rubor su busto enhiesto. Después ella me asió el pene con torpeza y emprendió una felación dubitativa pero eficaz. Se rio con ganas, un tanto pringosa, ante el resultado y nos besamos hasta bien entrada la noche. Me fui de allí creyéndome seriamente enamorado, lo que no era cierto.

María fue la primera persona que conocí, y traté, que se refería al nacionalismo catalán con conocimiento de causa y algo de sistema. No había visto nacionalistas en la facultad, en aquellos cursos turbulentos, aunque tal vez lo que sucedía es que eran tímidos como cervatillos. Pero ella me habló de la opinión del PSUC o, como se decía en aquellos tiempos, de «el partido», pues, según ellos mismos, no había ningún otro con cara y ojos.

En la segunda mitad de los setenta, todos los jóvenes —incluidos seminaristas y peluqueros— estaban muy politizados y solían militar en alguna de las organizaciones a la izquierda del PSUC que parecían el único rostro activo de la lucha política. Maoístas, trotskistas, anarquistas y todas las variedades entomológicas del radicalismo marxista eran algo perfectamente palpable, lo mismo que sus antónimos de extrema derecha, muy da-

dos a los corrajes y a soltar alguna hostia. Y entre los que nos considerábamos de izquierdas, el catalanismo era tan sólo un ítem más, que se asumía en paquetes enteros de disidencia. El razonamiento era bastante simple: si a Franco no le gustaba, nosotros lo apoyaríamos, como hubiéramos apoyado a las tarántulas, con la obstinada voluntad de enmendar la totalidad de la dictadura. Si Franco decía que hacía buen día, nosotros no podíamos aceptarlo de ninguna manera, aunque luciera el sol. Pero ocurría —y en nuestro banco autóctono lo teníamos muy claro— que en aquellos tiempos aún no se había olvidado la potente componente catalana del régimen, y cómo sus prohombres más destacados, algunos de los residentes habituales en los barrios altos, habían ido más allá de la discreta tolerancia, militando en la connivencia o la complicidad, como se quiera llamar.

Como María dejaba bastante claro, de la mano del PSUC iba a venir la legitimación democrática de un nacionalismo que a los demás nos podía oler a sacristía, reuniones de matrimonios católicos para tomar chocolate con melindros y excursiones al Tagamanent. En cualquier caso, eran unos tiempos aún lejanos de aquellos en los que los catalanes, comprendiendo que no podían ser una potencia mundial, decidirían convertirse en un engorro mundial. María se ponía muy marxista y ortodoxa y hablaba de condiciones históricas objetivas que propiciaban una convergencia de todas las fuerzas opuestas a la dictadura y cosas así. Me lo tomaba con sano escepticismo porque la verdad es que a la que empezaban a brillarle los ojos presa del fervor militante, a mí me daba por pensar en cosas clasificadas para adultos.

—¿Opuestos a la dictadura como Samaranch, como Suqué-Mateu, como Vilarasau? —pregunté, buscando mosquearla.

—También hay gente que ha estado en las cárceles franquistas, como Pujol.

—¿Ese que ahora es nuestro patrón junto con el ínclito Martí Mercadal y da préstamos a fondo perdido a esos otros? —le dije zumbón—. Por cierto, este jersey tan ceñido te queda muy bien.

—Por fin dices algo sensato.

Pujol era entonces una sombra poderosa que surcaba fuzgadamente los despachos de dirección de nuestro banco. A mi modesto nivel tan sólo llegaban rumores sobre él. El jefe de conserjería, un tal Riera, alardeaba de conocerlo de misa y contaba que cuidaba tanto los detalles que hasta se preocupaba por los libros que se exponían en la cafetería el día de Sant Jordi. Un día, con mi uniforme y mi chaleco, le llevé un sobre que tomó de mi mano con extrema delicadeza. Pujol estaba de pie junto a un ventanal y parecía a la vez un extraño solitario y renuente y el amo de todo el edificio. Me miró fijamente a los ojos y se dirigió a mí, cortés, pero distraído:

—¿Hace mucho tiempo que trabaja aquí?

—Dos años.

—¿Es usted de Barcelona? ¿Y sus padres?

—Tanto mis padres como yo somos de Barcelona. Mis abuelos eran de Teruel.

—¿De la parte en que se habla catalán? —preguntó con vivo interés.

—Sí, señor. Justo de allí.

—Entonces es usted de familia catalana de pies a cabeza —asintió satisfecho.

—Nunca había pensado otra cosa.

Me retiré tras esas cuatro palabras mientras él bajaba la vista a sus zapatos y se pasaba la mano por el cogote, nuevamente abstraído, el sobre cerrado olvidado en su mano, sin iniciar siquiera un gesto para abrirlo. Nunca volvimos a cruzarnos en el banco, pero pensaba frecuentemente en él. Era lo más próximo al poder a lo que me había acercado en mi vida. Precisamente en aquel año 1976 se había reeditado su libro *La inmigración, problema y esperanza de Cataluña*, que contenía algunas frases sobre el hombre andaluz por las que llegó a ir a Sevilla para disculparse, y vistas las cuales no pude más que alegrarme de que, para sus autorizados parámetros, yo fuera un catalán con todas las de la ley.